



Referentes...

Tres cuentos de Luis Fernando Macías

Los animales del cielo

En las mañanas de verano, el azul del cielo es tan limpio que, estoy seguro, ninguna obra pictórica podría alcanzar su textura o producir esa sensación de que un cuerpo se podría hundir en él sin llegar jamás al azul, porque éste es la suma de la transparencia infinita, de la claridad más honda; un color que no existe y, sin embargo, crea llanuras en el cielo, donde cabalgan —suspendedos— elefantes sin trompa o sin colmillos, hipopótamos, ballenas descomunales o aves maravillosas, todos blanquísimos, del blanco más blanco, abrigado por el sol.

A menudo, en las vacaciones de julio, lo primero que hacía al salir a la calle en las mañanas era recostarme en la acera de la casa, mirando al cielo, para reconocer la fauna de las nubes e imaginar historias, mientras el viento, con su mano suave, iba cambiando las formas de mis protagonistas. Recuerdo que un ejército de ratones inmensos perseguía a un pequeño cordero que estaba a punto de perder la cabeza para convertirse en mero copo de nube, cuando sentí la voz de Guerrero detrás de mí:

—Panadero, vení vamos. Amaneció muerta. Vamos a ver.

El tono de su voz tenía algo de invitación, de orden y de súplica. Tal vez por eso me paré de inmediato y empezamos a bajar por la empinada calle.

La inocencia de Guerrero, aunque no sé si pueda llamarse así a esa manera de ser puramente, ajustando el ser a la armonía del universo, se me reveló en el momento en que entramos en la casa. La baldosa, blanca de manchas negras, reflejaba los múltiples pies que entraban ansiosos, llenos de curiosidad, mientras nosotros caminábamos bajo la andanada de comentarios y murmuraciones.

Una voz y un dedo señalaron el vaso que había en el nochero, otras voces lanzaron sus veredictos en forma de interrogaciones o comentarios:

“Quién sabe qué fue lo que tomó en ese vaso para morir así, en la cama, callada, durante la noche”.

“¿Por qué habría de suicidarse una mujer tan joven?”.

“¿Por qué, si lo tenía todo y además era tan bonita?”.

“Tiene que haber sido cianuro”.

“Más bien creo que fue matarratas Guayaquil”.

“Eh, de pronto fue la sobredosis de alguna droga mala...”.

Guerrero escuchaba con un grado de atención casi mística, como quien da crédito a todas las especulaciones, aun siendo contradictorias. Mi mirada pasó del vaso, en el nochero, a sus ojos atónitos y, de ahí, a la cama, donde yacía el cuerpo, cubierto por una colcha, blanquísima como las nubes de mi contemplación. El rostro de líneas perfectas tenía una actitud plácida bajo los ojos cerrados, bajo la piel canela. Muchas veces he tratado de reproducir la imagen de ese rostro en mi mente, pero no lo he podido conseguir. Poco a

poco me he ido resignando a perderlo para siempre; solo sé que había una paz infinita en su expresión y que mi espíritu ha contemplado tal belleza, de cerca, unas cuantas veces no más.

A mi lado, Guerrero seguía atónito. Supongo que su espíritu elemental comenzaba a hacerse preguntas sobre la muerte. Los seres como él, que obedecen al llamado de los instintos, sin detenerse a reflexionar en los principios esenciales que rigen cada acto humano, se asombran frente a la muerte y, sobresaltados, reverencian el misterio con temor religioso y ciega fe. Para mí, por ese tiempo, la muerte era una hermana de la vida, con quien empezaba a convivir bajo formas diversas, en medio de un temor y una indiferencia que sobrepasaban mis capacidades de comprensión y que, aún hoy, se robustecen ante la pugna de las preguntas sucesivas que solo conducen al vacío. Mi percepción fundamental allí fue la belleza, la placidez de ese rostro, olvidado hoy, pero invocado una y otra vez por la memoria hasta el ejercicio de su escritura. La placidez y la belleza, no la muerte.

No sé por qué Guerrero y yo éramos tan amigos. Cada vez que indago en la memoria momentos relacionados con algún tema específico, aparece su figura de narices chatas y anchas fosas. Así, al tratar de referir ahora una idea sobre el suicidio, encuentro que caminamos juntos por la falda de la veintinueve hacia arriba, una mañana fría, después del amanecer: Llovió y ahora las calles empiezan a secarse; la humedad dibuja extrañas figuras en el suelo, siluetas de seres atormentados, monstruos de pesadilla delineados por el agua sobre el pavimento; las hojas de hierba sudan gotas de relente; cantan pájaros desde los balcones y la mañana huele a fresco.

—No vamos a la escuela hoy. Vámonos para la manga —le digo a Guerrero.

—Listo. Vamos.

La manga de los Niñaú, hombres rudos y rubios, habitantes del campo en la ciudad. La manga para elevar cometas, para jugar fútbol, para hacer paseos, para volarse de la escuela y pescar en la quebrada. Húmeda la hierba, pero no cayó un aguacero, porque nada está emparamado, solo húmedo.

— ¿Vamos a pescar, o qué?

—No, caminemos por ahí.

Algo me dice, hoy, que esa mañana mi sensibilidad me conducía por donde yo mismo no sabía para qué. Ese año, Guerrero estaba repitiendo primero de primaria y yo ya estaba en tercero; mi profesor era un muchacho joven de cara menuda a quien yo mantenía presente cuando no iba a clase, y me pasaba el tiempo imaginando su cuerpo pequeño en el ámbito del salón, mientras explicaba algo, tirándose el copete hacia atrás cada momento.

Habíamos vagado un rato por ahí —ya la humedad había empapado mis medias dentro de los zapatos; Guerrero andaba descalzo—, cuando descubrimos un extraño objeto, colgado de un árbol, al fondo, más arriba de la casa de los Niñaú.

— ¡Mirá qué cosa tan rara, vamos!

Y fuimos.

No era un objeto extraño, era un cuerpo, el cuerpo de un hombre.

— ¡Es el sacristán de la iglesia! —gritó Guerrero—, ¡se ahorcó!

Yo no dije nada, miré la piel morada, renegrada como las siluetas de pesadilla de las calles.

No sé qué sintió Guerrero, ni siquiera tuve tiempo de pensarlo. Sentí pánico, terror. Algo me duele por dentro cada vez que recuerdo esa imagen. No sé cómo me di vuelta de inmediato y corrí, corrí, corrí...

Cuando llegué a la manzana de casas del barrio, pude comprobar que Guerrero también había corrido a mi lado y, más tarde, cuando ya todo el mundo se había dado cuenta, supe que Guerrero había vuelto a mostrarles a otros el cadáver y que a él las autoridades le habían hecho un interrogatorio. A mí, ni siquiera se me pasó por la cabeza la idea de volver. Esa mañana, en la expresión aterrada del sacristán, había comprendido el horror y la desarmonía.

Ahora me pregunto por qué a las dos caras opuestas del mismo fenómeno está asociada la figura de Guerrero, el hombre elemental, y, una y otra vez, lo recuerdo mudo ante la belleza y alegre, jovial, protagonista él, al referir el episodio de su descubrimiento del sacristán: feliz y puro ante el horror.

Mariposas ceremoniales

En su matrimonio todo había sido relevante para ella: las azucenas de los ramos pudieron ser violetas, la alfombra roja pudo ser blanca o beige, las flores del paraíso del altar pudieron ser orquídeas y su vestido de reina pudo ser un traje casual. Lo único que no debería faltar habría de ser las mariposas ceremoniales.

— ¡Nada me importa, con tal de que haya mariposas! —Exigió.

El diseñador obró, en consecuencia, con absoluta libertad. Según sus sueños, dispuso en el recinto candelabros de hierro forjado, de tal modo que las llamas vivas de los velones pudieran sustituir las luces eléctricas y, además, impregnaran la atmósfera de la más delicada mezcla de aromas de hierbas y maderos de la India.

Se ordenó que apagaran todas las luces y se encendieran los candelabros durante la ceremonia y, al final, mientras los novios se besaban, alguien se acercó al altar con un cerro de cajas de cartón que empezó a destapar. De las cajas salían decenas de mariposas, ejemplares de la llamada *Leptidea sinapis*, que inundaron el recinto. Una lluvia de alas batía los aires. La emoción de los asistentes llegó, en muchos casos, hasta el llanto.

Pero no habían pasado más de dos o tres minutos cuando las mariposas, atraídas por las luces, se dirigieron hacia ellas y, al posarse, empezaron a estallar en llamas, a incinerarse frente a los ojos atónitos de los invitados, quienes, para no sentir la mortificación que un sacrificio de naturaleza tan absurda podía producirles, preferían ignorarlo, apartando sus miradas.

De hecho, el incidente hubiera quedado en el olvido, de no haber sido porque unos años más tarde, durante una noche de fiesta, en un ataque de celos, el marido disparó repetidas veces sobre ella hasta dejarla inerte cuando despuntaban los primeros rayos del sol, y entonces volvió, como una pregunta, el doloroso recuerdo de las mariposas.

Tú mismo no, pero tu caballo morirá

Cuenta la doctora Marie-Louise Von Franz que un oficial de caballería de 61 años refirió este sueño:

Estaba de nuevo en la escuela de oficiales, la misma en la que trabajé hace 35 años para costear mi graduación de subteniente. Se me acercó Adán, un cabo a quien estimaba mucho. Ya era un hombre mayor, y me dijo: “Mi teniente, le tengo que mostrar algo”. Me llevó al subsuelo del cuartel, donde abrió una puerta de plomo. Retrocedí estremecido:

ante mí yacía de espaldas el cadáver de un caballo en total descomposición, exhalando un terrible hedor de carroña.

La doctora Von Franz comenta que el sencillo “Adán mortal” muestra al soñador lo que se le aproxima: que su cuerpo animal, es decir el caballo, se descompondrá con la muerte.

Para ella es un sueño de preparación: lo inconsciente tiene el propósito de liberar al soñador de su cuerpo, como si le dijese: “Tú mismo no, pero tu caballo morirá”, pues para un soldado de caballería el caballo es el símbolo que lo soporta y, de algún modo, significa su existencia material. Adán, el mensajero, es una identidad que representa al soñador en el sueño, pero así mismo constituye una referencia al Adán originario, el anthropos.

Recordamos aquí una doctrina de Borges, según la cual el soñador, en este caso el oficial, es el escenario, los acontecimientos y los personajes de su sueño. El sentido de este en particular es una advertencia: “Prepárate para morir”. ¿De dónde proviene tal advertencia? Agrega la doctora que, cuatro semanas después, el oficial de caballería murió de un infarto y comenta que, esa noche, antes de acostarse, llevó consigo un crucifijo que los familiares encontraron junto a la cama.

En su análisis, explica que la puerta de plomo no es gratuita, sino una referencia al ataúd de Osiris, el dios egipcio de los muertos, y nos hace saber que Osiris es la prefiguración egipcia de Cristo. Concluimos entonces que en este sueño se han asociado el caballo, el Cristo, el dios Osiris y Adán, el hombre originario. Ante la inminencia de la muerte, el inconsciente de este hombre sencillo, hizo un viaje de regreso a la semilla, y nosotros pudimos palpar en su relato y en el análisis de la doctora Von Franz que cada alma es dueña de la memoria del Alma, porque esta es única y universal. En el sueño de un oficial

de caballería viajamos por el sendero intangible, desde el fin hasta el origen, desde la nada hasta el Adán.

Luis Fernando Macías Zuluaga

(Medellín, Colombia, 1957). Narrador, poeta, ensayista, autor de obras didácticas sobre la enseñanza de la literatura y de libros para niños.

Fue miembro del comité de dirección de la revista Poesía y fundador de la Editorial El propio Bolsillo.

Fue director del Departamento de Publicaciones de la Universidad de Antioquia, donde se desempeña como profesor del área de literatura.

Actualmente es codirector de la revista virtual Esteros y editor de la Colección Palabras Rodantes.

Sin contar los libros de poemas, estas son sus obras: novelas, Amada está lavando (1979); Ganzúa (1989); Eugenia en la sombra (2018) y Morir juntos (2019). Libros infantiles, La flor de lilolá (1986); La rana sin dientes (1988); Casa de bifloras (1991); Alejandro y María (2000); Valentina y el teléfono mostaza (2017); Quien no lo adivina bien tonto es (2007); Así lo escuché (2014); Señor, señora, adivine ahora (2015) y No es tan gallina porque adivina (2018). Ensayos, Diario de lectura I: Manuel Mejía Vallejo (1994); Diario de lectura II: El pensamiento estético en las obras de Fernando González (1997); Diario de lectura III, León de Greiff, quintaesencia de la poesía (2015); Busca raíz (1999); El juego como método para la enseñanza de la literatura a niños y jóvenes (2003); El taller de

creación literaria: métodos, ejercicios y lecturas (2008). Libros de cuentos, Los relatos de La Milagrosa (2000); Los guardianes inocentes (2004) y Los animales del cielo (2019). Antologías, El cuento es el rey de los maestros (2007) y León de Greiff en el mítico país de Bolombolo (2007). Y el siguiente estudio: Glosario de referencias léxicas y culturales en la obra de León de Greiff (2007).